

Europea y aun á algunos montados en caballos que habian quitado á los blancos (1). Especialmente fue de notar el joven Inca que vestido á la moda europea, montado en un caballo de batalla que manejaba con gran destreza, y llevando una larga lanza en la mano, guiaba á sus tropas al combate. La prontitud con que los peruanos adoptaron la táctica superior y las armas de los conquistadores, supone en ellos un grado de civilización mayor que el que habian alcanzado los aztecas, los cuales en su larga lucha con los españoles, jamás pudieron dominar el terror que les inspiraba el caballo hasta el punto de montarles.

Pero pocos días ó pocas semanas de experiencia no eran bastantes para familiarizarlos con armas y mucho menos con táctica, tan distintas de las suyas. Así el combate en esta ocasión, aunque sostenido con ardor, no duró mucho. Después de una animada lucha, en que los indios se arrojaban impávidos sobre los ginetes procurando arrancarles de sus sillas, se vieron obligados á ceder el campo ante las repetidas cargas de los españoles. Muchos fueron atropellados por los caballos, otros heridos con las anchas espadas españolas, mientras los arcabuceros sosteniendo á la caballería hacían un nutrido fuego que diezmaba terriblemente la retaguardia de los fugitivos. Al fin el jefe castellano, saciado de matanza y esperando que aquella lección bastaría para que el enemigo no volviera por entonces á incomodarle, retiró las tropas á los cuarteles de la capital (2).

En seguida trató de recobrar la ciudadela. La empresa era peligrosa: la fortaleza dominaba la parte del Norte de la ciudad y estaba situada sobre una alta roca bastante escarpada para ser considerada como inaccesible por aquel punto, en el cual solamente la defendía un simple muro. Por la parte del campo era más fácil el acceso, pero estaba protegida por dos muros semicirculares de unos mil doscientos pies de extensión cada uno y de grande espesor, contruidos con piedras macizas, ó más bien rocas, puestas unas sobre otras sin mezcla alguna que las uniese, y formando una especie de obra rústica. El terreno entre estas dos líneas de defensa tenía el declive suficiente para que la guarnición, protegida por sus parapetos, pudiese descargar sus flechas sobre los sitiadores. Pasado el muro interior se encontraba la fortaleza, compuesta de tres fuertes torres, una de grande altura, de la cual y de una de las más pequeñas estaba posesionado el enemigo bajo el mando de un Inca noble, guerrero de probado esfuerzo y dispuesto á defenderse hasta el último extremo.

Hernando Pizarro confió esta peligrosa empresa á su hermano Juan, en cuyo pecho ardía el espíritu aventurero de uno de aquellos caballeros errantes que nos pintan las novelas. Como la fortaleza debía ser acometida por la parte del campo, y como para esto era preciso atravesar los pasos difíciles de la montaña, fue necesario llamar la atención del enemigo hacia otro punto. Poco antes de ponerse el sol, Juan Pizarro salió de la ciudad con un cuerpo escogido de caballería y tomó una dirección opuesta á la del fuerte, para que el ejército enemigo creyese que su objeto era forrajear. Pero contramarchando en secreto luego que llegó la noche, halló afortunadamente los pasos de la montaña abandonados y llegó al muro exterior de la fortaleza sin ser sentido de la guarnición (3).

La entrada era una estrecha abertura practicada

(1) Herrera afirma que los peruanos usaron contra los conquistadores de sus mismas armas de fuego, obligando á los prisioneros á poner en su órden los mosquetes y fabricar pólvora para ellos. Hist. Gen., dec. V, lib. VIII, cap. V, VI.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Poblacion del Perú, MS.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VIII, cap. IV, V.

(3) Conq. i Pob. del Perú, MS.

en el centro del muro; pero estaba cerrada con pesadas piedras que parecían formar una sola y misma obra con el resto de la fábrica. El separar aquellas enormes masas sin que la guarnición lo echase de ver era solo asunto de tiempo, pues los indios, que raras veces peleaban de noche, no estaban enterados en el arte de la guerra lo suficiente para proveer á su seguridad por medio de centinelas que evitasen las sorpresas. Terminada la operación, Juan Pizarro y su valiente tropa penetraron á caballo por la puerta y se adelantaron hacia el segundo parapeto.

Pero sus movimientos no fueron ejecutados con tanto secreto que dejasen de ser advertidos por el enemigo, y así encontraron en la parte inferior un enjambre de guerreros que al acercarse los españoles descendieron una lluvia de flechas, obligándoles á hacer alto. Juan Pizarro conociendo que no había tiempo que perder, mandó que la mitad de su gente se apease, y poniéndose á la cabeza se preparó á abrir otra brecha en las fortificaciones. Pocos días antes había sido herido en la quijada, y notando que el yelmo hacía más dolorosa su herida, se le quitó fiándose del escudo para proteger la cabeza (4). En esta situación y al frente de sus soldados les animaba á terminar la obra de demolición á pesar de la tempestad de flechas, piedras y dardos que descendían sobre ellos con furia capaz de estremecer al más fuerte corazón. Las buenas cotas de malla no siempre bastaban para proteger á los españoles; pero otros ocupaban el lugar de los que caían, hasta que abierta brecha, penetró por ella la caballería atropellando y destrozando á cuantos hicieron resistencia.

Abandonando el parapeto, el enemigo se refugió precipitadamente en una especie de plataforma ó terrado dominado por la torre principal, y desde allí descendió nuevas granizadas de flechas contra los españoles, mientras la guarnición de la fortaleza dejaba caer sobre sus cabezas enormes maderos y fragmentos de roca. Juan Pizarro que iba de los primeros saltó al terrado animando á su gente con la voz y con el ejemplo; pero en aquel momento, cayendo una gran piedra sobre su cabeza, que no estaba entonces protegida por el escudo, dió con él en el suelo. Desde allí el intrépido jefe continuó escitando con su voz á los soldados hasta que se apoderaron del terrado y pasaron á cuchillo á sus miserables defensores. Después, aumentándose demasiado sus dolores, fue preciso bajarlo á la ciudad, donde á pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvar su vida, murió á los quince días entre horribles padecimientos (5). Para decir que era valiente, basta decir que era Pizarro; pero lo que más constituye su gloria era que sabía templar el valor con la benevolencia. Su carácter parecía en alto grado apacible por el contraste que formaba con el de sus hermanos, y sus modales le habían grangeado el afecto de todo el ejército. Había servido en la conquista del Perú desde el principio, y ningún nombre entre los conquistadores está menos deslustrado que el suyo por la mancha de crueldad, ni más acrisolado por las cualidades de leal y valiente caballero que le adornaban (6).

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(5) «Y estando batallando con ellos para echillos de allí Joan Pizarro se descuidó de cubrirse la cabeza con la adarga y con las muchas pedradas que tiraban le acertaron una en la cabeza que le quebraron los cascos y dende á quince días murió desta herida, y así herido estuvo forcejando con los indios y españoles hasta que se ganó este terrado, y ganado le abajaron al Cuzco.» Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista, MS.

(6) «Hera valiente, dice Pedro Pizarro, y muy animoso, gentil hombre, magnánimo y afable.» (Descub. y Conq. MS.) Zárate termina la relación de su muerte con este breve panegírico: «Fue gran pérdida en la tierra, porque era Juan Pizarro muy valiente; y experimentado en las guerras de los

Aunque Hernando Pizarro sintió profundamente la desgracia de su hermano, conoció que debía aprovecharse sin pérdida de tiempo de las ventajas conseguidas. Así, dejando el mando de la ciudad á Gonzalo, se puso á la cabeza de los combatientes y estrechó con vigor el sitio de la fortaleza. Una de las torres se rindió después de corta resistencia. La otra, la más formidable de las dos, se defendía aun bajo la dirección del valiente Inca que la mandaba. Era este hombre de formas atléticas y se le veía recorrer las almenas armado de coraza y escudo españoles y blandiendo una enorme maza guarnecida de puntas ó clavos de cobre, con cuya arma terrible derribaba á todos los que intentaban forzar el paso hasta lo interior de la fortaleza. Dícese que mató con su propia mano á varios de sus secuaces que proponían la rendición. Hernando Pizarro se preparó para tomar la torre por asalto. Plantáronse escalas en los muros, pero no bien llegaba un español al extremo superior cuando caía precipitado y herido por el arma terrible del guerrero indio. Su actividad era igual á su fuerza y parecía hallarse en todos los puntos en el momento en que su presencia era necesaria.

Tanto valor llenó de admiración al jefe español, porque Pizarro era capaz de admirar el valor aunque fuese en un enemigo. Dió órden para que no se le hiciese daño y se le cogiese vivo si era posible (1). Pero esto no era fácil. Al fin, habiéndose plantado gran número de escalas contra la torre, los españoles la asaltaron por muchos puntos á la vez, y penetrando dentro del recinto arrollaron á todos los combatientes que todavía hicieron una sombra de resistencia. Pero el jefe Inca no debía ser hecho prisionero: viendo la resistencia ineficaz, se subió sobre una almena, arrojó lejos de sí la clava, se envolvió en su manto y se precipitó desde aquella altura (2). Murió como un romano de los tiempos antiguos. Había dado el último golpe en defensa de la libertad de su país y no quería sobrevivir á su deshonra. El jefe castellano dejó una corta guarnición para asegurar su conquista y volvió en triunfo á sus cuarteles.

Pasábanse semanas tras semanas y ningún socorro venía á los sitiados. Ya empezaban á sentir la escasez de víveres. Afortunadamente los arroyos que corrían por el centro de la ciudad les proveían de agua; pero aunque habian economizado lo posible sus recursos, habíanse ya consumido las provisiones, y hacia algún tiempo que solo se alimentaban con la escasa porción de grano que podían recoger de los almacenes arruinados ó del botín que alcanzaban en alguna salida (3). Este último recurso presentaba no pocas dificultades, porque cada expedición ocasionaba un encarnizado combate con los enemigos, el cual costaba la vida á bastante número de españoles y á muchísimos indios aliados. Esta pérdida tenía una ventaja, la de disminuir el número de bocas, pero era tan corto el de los sitiados, que una pérdida, por pequeña que fuese, aumentaba considerablemente las dificultades para la defensa de los que sobrevivían.

Como pasaban los meses sin que los sitiados tuviesen noticia alguna de sus compatriotas, se aumentaron los recelos que habian concebido respecto

indios, i bien querido, i amado de todos.» Conq. del Perú, lib. III, cap. III.

(1) «Y mandó Hernando Pizarro á los españoles que subían que no matasen á este indio sino que se lo tomasen á vida, jurando de no matarle si lo avia vivo.» Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.

(2) «Visto este ojeon que se lo avian ganado y le avian tomado por dos ó tres partes el fuerte, arrojando las armas se tapó la cavega y el rostro con la manta y se arrojó del cubo abajo mas de cien estados y así se hizo pedazos. A Hernando Pizarro le pesó mucho por no tomalle á vida.» Ibid., MS.

(3) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXIV.

á su suerte. Estaban convencidos de que el gobernador no habría dejado de hacer todos los esfuerzos posibles para librarlos de su desesperada posición. Era, pues, probable que sus tentativas no hubiesen tenido buen éxito; que se hallase en una situación idéntica y acaso que fuese ya con todos los suyos víctima del furor de los insurgentes. Asaltábase entonces el terrible pensamiento de si estarían solos en aquella tierra, lejos de todo socorro humano y destinados á perecer entre las montañas á manos de los bárbaros.

Sin embargo, la situación de las cosas, aunque triste en extremo, no era tan desesperada como la imaginación de los sitiados en el Cuzco la pintaba. La insurrección, en efecto, había sido general, á lo menos en los puntos del país ocupados por los españoles, y tan bien concertada, que estalló casi simultáneamente, y los conquistadores que vivían confiadamente en sus tierras, fueron asesinados en número de algunos centenares. Un ejército indio se presentó delante de Xauxa, y otro considerable ocupó el valle de Rimac y puso sitio á Lima. Pero el país que rodeaba esta capital era abierto y llano, y muy favorable por tanto para las maniobras de la caballería. Pizarro, no bien se vió amenazado por aquella multitud hostil, envió contra los peruanos la fuerza suficiente para ponerlos prontamente en fuga como se ejecutó, y aprovechándose de esta ventaja logró castigarlos tan severamente, que si bien continuaron manifestándose en las lejanas cumbres y cortando las comunicaciones con el interior, no se atrevieron á pasar al otro lado del Rimac.

Las noticias que entonces recibió Pizarro acerca del estado del país le llenaron de zozobra. Temía particularmente la suerte que podía haber cabido á la guarnición del Cuzco, é hizo repetidos esfuerzos para socorrer aquella capital. Envío en diferentes ocasiones cuatro distintos destacamentos compuestos en su totalidad de más de cuatrocientos hombres y mandados por algunos de sus más valientes oficiales; pero ninguno consiguió llegar al punto de su destino. Los astutos indios les dejaban adelantarse por lo interior del país hasta que habian penetrado bastante en los intrincados pasos de las cordilleras; entonces les envolvían con sus superiores fuerzas, y ocupando las alturas, descargaban sobre ellos una lluvia de armas arrojadizas, ó les aplastaban bajo las rocas que hacían rodar desde sus montañas. De algunos destacamentos no quedó un solo hombre con vida, y de otros solo algunos pocos fugitivos volvieron á Lima con la noticia de su sangrienta derrota (4).

La consternación de Pizarro no tenía límites. Acosábanle los más tristes presentimientos sobre la suerte de los españoles dispersos en todo el país, y aun dudaba que él mismo pudiera mantenerse en su posición sin auxilio exterior. Despachó un buque á la inmediata colonia de Truxillo, con órden para que los colonos abandonasen aquel punto con todos sus efectos y fuesen á reunirse con él á Lima. Afortunadamente no se adoptó esta medida. Muchos de los suyos querían aprovecharse de los buques anclados en el puerto para huir y refugiarse en Panamá; pero Pizarro no quiso dar oídos á estos consejos egoístas que envolvían la perdición y el abandono de los valientes que quedaban en el interior, y que todavía esperaban de él protección y ayuda; y para frustrar

(4) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. V.—Herrera, Hist. gen. dec. V, lib. VIII, cap. V.—Garcilasso, Com. Real, parte II, cap. XXVIII.

Segun el historiador de los Incas, murieron en estas expediciones cuatrocientos sesenta españoles. Cieza de Leon calcula el número de cristianos que perecieron en esta insurrección en setecientos, y añade que muchos de ellos fueron muertos con mucha crueldad. (Crónica, cap. LXXXI.) Este cálculo, considerando la extensión y el espíritu de la sublevación, no parece exagerado.

de una vez las esperanzas de los tímidos, despachó con diferentes comisiones á todos los buques que tenía en el puerto. Por ellos envió cartas á los gobernadores de Panamá, Nicaragua, Goatemala y Méjico manifestándoles el triste estado de sus negocios é invocando su auxilio.

Se ha conservado su epístola á Alvarado, que entonces se hallaba establecido en Goatemala. Apelaba en ella á su honor y patriotismo para que le auxiliase, y rogábale que lo hiciera antes que fuese demasiado tarde. Decíale además que sin ser socorridos los españoles no podrían sostenerse en el Perú, y que la corona de Castilla perdería aquel grande imperio. Por último, le ofrecía parte en los resultados de las conquistas que pudiesen hacer reunidos (1). Tales



Heróica defensa del Inca.

peruanos se habian visto por algun tiempo afligidos por la falta de provisiones. No era empresa fácil mantener tan numerosa hueste, y el recurso de los almacenes de grano, con tanta prevision preparados por los lucas, les sirvió de poco, pues los españoles en

(1) «E crea V. S. si no somos socorridos se perderá el Cuzco, ques la cosa mas señalada y de mas importancia que se puede descubrir; é luego nos perderemos todos, porque somos pocos é tenemos pocas armas, é los indios están atrevi-

concesiones hechas al hombre á quien dos meses antes hubiera querido Pizarro echar del país casi á cualquier precio, prueban hasta la evidencia lo crítico de su situacion. El socorro tan ardientemente solicitado llegó á tiempo, no de apagar la insurreccion de los indios, pero sí de ayudar á Pizarro en una contienda igualmente formidable con sus propios compatriotas.

Llegó el mes de agosto. Mas de cinco meses habian trascurrido desde que principiara el sitio del Cuzco, y todavía las legiones peruanas permanecian acampadas alrededor de la ciudad. El sitio habia durado mucho mas de lo que se acostumbraba en la táctica de los indios, y mostraba lo resueltos que se hallaban estos á esterminar á los blancos. Pero los mismos

su primera ocupacion habian consumido y aun disipado pródigamente gran parte de ellos (2). Habia llegado la estacion de la siembra, y el Inca conoció que si sus súbditos abandonaban este cuidado, no tardaria en caer sobre ellos otra plaga todavía mas

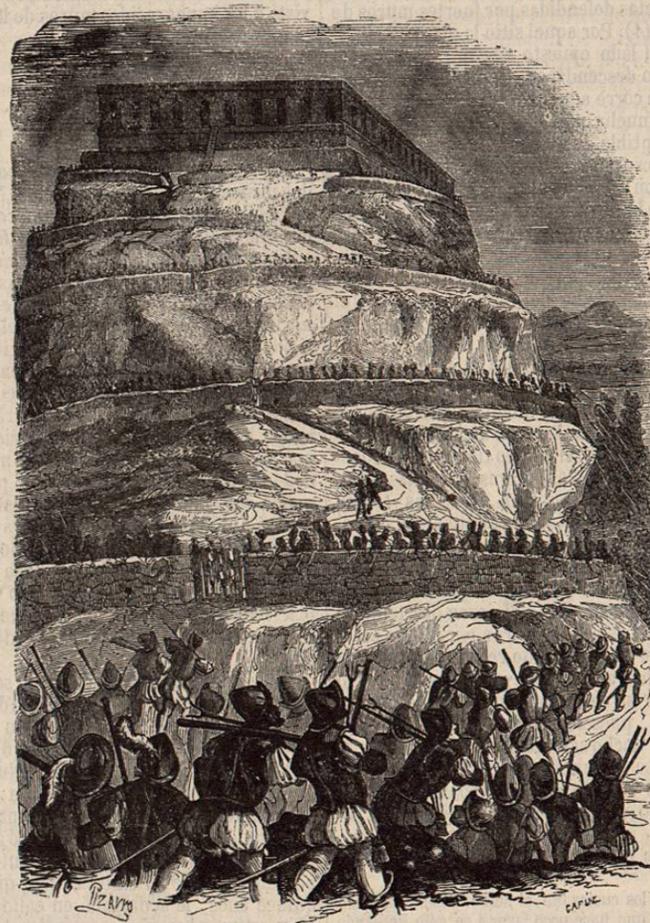
dos.» Carta de Francisco Pizarro á don Pedro de Alvarado desde la ciudad de los Reyes, 29 de julio de 1536, MS.

(2) Ondegardo, Rel. prim. y seg., MSS.

formidable que la de los invasores. Por tanto, dispuso la mayor parte de sus fuerzas, mandándoles que se retirasen á sus hogares, y que luego que los trabajos del campo estuviesen terminados, volviesen á continuar el bloqueo de la capital. Reservóse, sin embargo, para guardar su persona una fuerza considerable, con la cual se retiró á Tambo, punto muy fuerte, situado al Sur del valle de Yucaj, y que habia

sido residencia favorita de sus antecesores. Apostó tambien un gran cuerpo de observacion á las inmediaciones del Cuzco para vigilar los movimientos del enemigo é interceptar los socorros.

Los españoles vieron con júbilo disiparse aquella hueste poderosa que por tan largo tiempo habia tenido rodeada la ciudad. Apresuróse Hernando Pizarro á aprovecharse de las circunstancias para en-



La fortaleza de Tambo.

viar partidas que explorasen el país y trajesen víveres á sus hambrientos soldados; y en esto tuvo tal suerte, que en una ocasion entraron con seguridad en el Cuzco no menos de dos mil cabezas de ganado (carneros peruanos) arrebatado de las plantaciones indias (1). Esta presa desvaneció por entonces completamente los temores de falta de víveres.

Sin embargo, como estos no se obtenian sino á punta de lanza, hubo muchos y serios encuentros en que se derramó la mejor sangre de la caballería española. Otras veces no se limitaba el combate á grandes cuerpos de tropa, sino que habia escaramuzas entre cuerpos pequeños, las cuales en ocasiones se

convertian en combates personales. En estos la desigualdad entre los combatientes no era tanta como pudiera suponerse; y el guerrero peruano con su honda, su arco y su lazo no era un adversario despreciable para el ginete cubierto de malla, á quien algunas veces acometia cuerpo á cuerpo con su terrible maza de armas. El terreno que rodeaba el Cuzco llegó á ser un campo de batalla como la vega de Granada, en que el cristiano y el pagano desplegaban los ardides característicos de su táctica peculiar; y muchas hazañas heróicas se ejecutaron, á las cuales solo faltaba el canto del trovador para darles la aureola de gloria que ilumina las de los últimos tiempos de la dominacion musulmana en España (2).

(1) «Recojimos hasta dos mil cavezas de ganado.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(2) Pedro Pizarro refiere muchos de estos hechos de ar-